



La complacencia maternal.

LA COMPLACENCIA MATERNAL.

Sobre la tierra apisonada que sirve de suelo á las humildes casas, como sobre las mas ricas alfombras, una muger jóven y sus hijos forman un grupo lleno de gracia que casi siempre ha inspirado felizmente á los pintores.

¿No es siempre encantadora la actitud de una madre, ora el pincel de Madrazo nos la muestre expansiva recostada en una butaca, prestando las rodillas á los juegos de un robusto niño, ora vestida de cualquier modo, lleve de los andadores un hermoso niño, mientras que su hermanita mas grande es ya bastante hábil para regalarse ella sola con la salsa que ha quedado en el fondo de una sarten? Despues al ver la sonrisa con que la jóven contempla los vacilantes é inciertos pasos del niño, se siente uno penetrado del rayo de un puro y sencillo placer, repitiendo con el antiguo poeta:

Incipe, parve puer risu cognoscere matrem?

«Empieza niño á conocer por la risa á tu madre!»

Entonces el pensamiento se deja arrebatar á dulces y graves reflexiones sobre ese lazo, ese nudo instintivo, poderoso, que aun en los últimos grados de la especie humana, encadena el padre y la madre á sus hijos.

Viene al mundo el niño sin haberlo pretendido: los dos seres que le han llamado, deben hacer todo lo posible por adherirle á la vida que le han dado. El amor filial no puede mostrarse sin la benevolencia paterna, porque existe una afinidad, una atracción natural, entre el alma naciente y las dos almas que la han formado, pero ¿qué responder al niño que abandonado ó cruelmente oprimido y maldiciendo como los héroes de las tragedias el día que ha nacido dijese á sus padres:

¿Porqué haberme llamado de la bienaventurada esfera en donde aguardaba mi nacimiento? Debiais al menos haberme dado armas contra las pruebas de la tierra, medios de apartarlas de mí, ó fuerzas para sufrirlas.

Se debe al niño toda la proteccion posible hasta la hora en que el completo desarrollo del cuerpo y del alma, le pongan en estado de apreciar la vida y de devolver á los apoyos de su juventud, sus cuidados y beneficios con su gratitud y reconocimiento.

¿Por qué el nacimiento de un niño se implora y bendice como un favor celestial? Porque el niño es el objeto, el testimonio, la prueba del afecto profundo de las uniones felices que no deja intervalo entre dos corazones, y absorbe dos personas. El niño es el vivo emblema de amor santo; en torno de sus rosadas mejillas, flotan dos imágenes presentes siempre á una mútua ternura. Los esposos buscan en las facciones el uno del otro, el modelo de su rostro. El niño es un vínculo perpétuo, un lazo estrecho. Su nacimiento responde á un deseo instintivo, comun á los dos esposos, pero que en el espíritu del padre se complica con razonamientos fundados en un justo orgullo y mezclados á la vez de adhesion y de tierno egoismo. El padre desea un heredero para su nombre y para sus bienes. La herencia del nombre es ficticia si se considera que la perpetuidad no es muy antigua, es mas real en nuestros días, pues que el nombre representa al hombre y sus obras.

—¿Quién podrá dar testimonio de mí, honrar mi memoria sino el hijo que todo me lo debe, corazon, pensamiento, vida, que es la continuacion de mi persona y de mi existencia?

Se dice que la solidaridad está hoy destruida, y que desde que el hijo no está tan estrictamente forzado por la ley y por el uso á aceptar la sucesion paterna, pelagra la familia, pero si la opinion deja á la delicadeza de cada cual, la apreciacion de circunstancias secundarias, toca á la conciencia del hijo buscar la medida en que debe responder de las faltas de su padre en estos tiempos de libre arbitrio en que cada uno es hijo de sus obras y en que como antes, no caen sobre los hijos las faltas de los padres, hasta la cuarta generacion. No parece en realidad que esta tolerancia perjudique á los vínculos de familia, y creemos que en ningun otro tiempo han vivido los hijos y las hijas en mas estrecha intimidad con sus padres. Si hay inteligencias escogidas, que viviendo por una abstraccion, por ejemplo, la gloria, puedan pasarse sin hijos, seguros de dejarles el pesar de valer menos que sus padres, la multitud que no tiene tan altas pretensiones, repugna el no tener herederos, ó que estos sean colaterales. El espíritu individual de que es una consecuencia el espíritu de familia, domina de tal modo hoy la vasta idea de la nacion, que no podemos marchar al deseo que analizamos, la necesidad de dar un defensor á la patria.

Mis biznietos me deberán esta sombra, decía un octogenario al plantar unos árboles. Todos los padres hablan así. ¿Por qué trabajar mas de lo necesario si el hijo no está allí para recoger las mieses que he sembrado, los bienes que lentamente he juntado?

Todos estos pensamientos, mas ó menos vivos, entran en el amor paternal, y le dan una serena gravedad. La madre no se preocupa tanto de esto, desea el hijo antes que todo, para amarle. De ahí esos cariños, esos mimos, esas fiestas que hace que parece una loca, y que han sido objeto de mil inspirados cuadros para el pincel del pintor.

EL MATRIMONIO DE MI ABUELO.

(Conclusion.)

III.

Figuráos apinada en su vasto anfiteatro, la poblacion de una ciudad entera; todo un pueblo con el mismo tipo de nacionalidad, de trage y de animada expresion, saludando con las mismas aclamaciones al personage favorito que atraviese le escena, persiguiendo con la misma risa á quien tiene la desgracia de parecer ridículo. Figuráos, digo, una alegre y pintoresca mezcla de colores que se reunen y se agitan como las olas del mar ó las hojas de la espesa arboleda del parque al soplo de la brisa; una confusion de mantillas blancas, de negros cabellos adornados de flores de vivos matices, de botines amarillos y sombreros andaluces; y todo el conjunto esmaltado acá y allá de soldados azules y blancos desmenuando su faccion, y tendreis una idea del espectáculo que sorprendió á nuestros viajeros á su entrada en la plaza de Cádiz antes que la corrida hubiese comenzado.

Mi abuelo había hecho su entrada con anteojos, accesorio muy á propósito para escitar el buen humor del público, y con ayuda de los desventurados lentes, se puso á mirar con aire de embobado durante el espacio de uno ó dos minutos, la innumerable reunion de cabezas vueltas hácia él, que le examinaban curiosamente y comenzaban á entonar dirigido á él un coro todavía vago é ininteligible, mientras que los hombres llevaban el compás con el largo palo ahorquillado, sin el cual no va jamás todo buen andalúz á una corrida de toros. Se comprende lo que semejante concierto tiene de comprometido para un extranjero algo vergonzoso. Felizmente la atención general se fijó en un individuo de sombrero blanco, y para burlarse de él, los espectadores se pusieron á entonar como un solo hombre una canción cuyo estribillo era: *El de sombrero blanco*.

Mi abuelo y sus amigos ocupaban un lugar preferente en un palco situado mucho mas alto que el sitio en que se apiñaba la multitud, y cerca de el del alcalde. La señorita Juana parecía mas linda que nunca con su blanco vestido y su mantilla de tul que velaba sus facciones y realizaba los contornos de su cuello y desnudos brazos. Sobre su abundante cabellera de color de ébano se destacaba un sencillo capullo de rosa blanca, y una flexible hoja verde, adorno favorito de las jóvenes españolas, caía como una pluma sobre su peine de concha incrustado de oro. El mayor estaba sentado al lado de Carlota, que llena de natural franqueza, y mirándole como un antiguo conocido, le tocaba familiarmente en el brazo con su abanico cuando queria llamar su atención sobre un objeto de interés. Así el mayor usaba con ella una solícita galantería, y dirigía miradas de asombro á su redor á través de sus gafas de oro, que á pesar de la reciente espresion de la opinión popular, no habían cesado de coronar su nariz. Fijaba un interés de niño en examinarlo todo, fisonomías y trages, próximos ó lejanos. Cuando las puertas de la plaza giraron sobre sus goznes para dejar paso á la brillante cuadrilla que formaban los actores del drama, mi abuelo gozó con delicia de aquel golpe de vista, y gritó «bravo» con tanto entusiasmo como si hubiese estado habituado á las corridas de toros desde su mas tierna edad. A la cabeza iban los espadas ó matadores con el pelo cogido detrás de la cabeza como las mujeres, vestidos con chaquetas de colores vivos, y calzados atacados á los lados con cordones de plata, calzados con medias blancas y zapatos cubiertos por grandes lazos, el talle ceñido con una faja de seda, y enrollada en el brazo la capa de color rojo destinada á llamar al toro, trayéndole á la punta de la espada. Luego seguían los chulos vestidos con el propio trage; en seguida los picadores, firmes sobre sus flexibles pencos, y la pierna derecha encerrada en la *mona*; y por último las mulas, cuyo oficio era arrastrar fuera de la arena del redondel los animales puestos fuera de combate, las cuales, enjaezadas y enganchadas tres de frente como los corceles de los carros de la antigüedad, y casi sepultadas bajo mantillas relucientes de oro y plata, cerraban la marcha de la cuadrilla. Todos aquellos personajes atravesaron la plaza en su radio, y adelantándose hasta al pie del palco del alcalde, pidieron permiso para empezar. Obtenida aquella autorización, los picadores se colocaron á igual distancia unos de otros alrededor de la plaza; en seguida, á una señal del alcalde, dos trompeteros vestidos de escarlata y colorado detrás de él, tocaron una clarinada. En el mismo instante, un hombre que tenia puesta la mano en el cerrojo de una

puerta situada debajo del palco, la abrió bruscamente, y desapareció en un burladero.

Inmediatamente apareció en la sombría abertura la formidable cabeza de un toro. El bicho se lanzó de un salto á la plaza, con la cabeza baja y la cola horizontal; luego, echando una mirada de reto á aquella variada multitud, se detuvo un segundo y corrió á acometer al primer picador. El ginete, firme sobre sus estribos y la pica en ristre, plantó bravamente su acero en el encuentro de la fiera, la que sin pararse por tan poca cosa, derribó por la arena caballo y ginete. Era de ver mi abuelo inclinarse con casi todo el cuerpo fuera del piteo, y los ojos fijos en el picador derribado, y gritar con las manos crispadas sobre su frente: «Por Dios, ese hombre va á ser hecho pedazos!» Pero cuando un chulo distraído al toro por un costado, agitó su capa ante los ojos de la fiera y le hizo olvidarse de su primer adversario, hubierais visto al mayor aspirar una gran cantidad de aire y decir volviéndose hácia un español próximo á él y que estaba muy tranquilo: «Gracias al cielo, caballero, es un milagro de la divina Providencia que se haya salvado!» Pero el grave español, retirando indolentemente su cigarro de la boca y echando el humo por un colmillo, respondió sencillamente: «*Eso no vale nada.*»

Entretanto aquel toro había metido el asta en el pecho del tercer caballo, y el picador conociendo por la debilidad de su cabalgadura, que el pobre animal estaba herido de muerte, saltó con presteza á tierra. A tiempo fué; porque casi en el mismo instante cayó el caballo como una masa inerte, y rodando sobre sí mismo, dió el último aliento. Despojáronle entonces de sus arreos. Aquella escena no fué completamente del agrado de mi abuelo; pero no descubriendo ninguna especie de emoción en los rostros de los que estaban inmediatos á él, contuvo sus nervios diciéndose que el deber de un soldado era ver sin pestahear las heridas y la muerte. Con bastante energía soportó aun la vista de otro episodio: el de un caballo que herido ya, sin ginete y espantado por su terror, fué á chocar contra la barrera y se rompió una pierna cayendo en el suelo. Le hicieron levantar sobre tres piernas, y le sacaron con vacilante paso fuera de la plaza. Pero cuando otro caballo, que habían obligado á que se levantara acribillado de heridas, fué conducido á espolazos á recibir una segunda arremetida, el mayor, que era incapaz de hacer daño á una moseca, no pudo contenerse mas tiempo; y sintiendo cierto malestar, abandonó precipitadamente su sitio. Así que llegó á la puerta de la plaza, se detuvo y escribió con lápiz en una de sus hojas, este fragmento de la arenga de Enrique V á sus soldados en Acincourt:

He that no stomach for the fight,
Let him depart..... (1)

con gran admiración de dos centinelas españoles, que se pusieron á examinar estas palabras como si hubiesen contenido un sentido mágico.

Franck se quedó hasta el fin, y no porque se fijara mucho en la corrida; no tenía ojos ni oídos mas que para Juana. Por lo demás tuvo tiempo de dar rienda suelta á su amor, porque el gobernador tomaba gran interés en el espectáculo.

(1) Que el que no tenga corazón en la batalla, abandone las filas....

culo de la plaza, y el prometido, el de los pececitos de plata, gran inteligente, apostaba con un acierto admirable el número de caballos que el toro atravesaría con sus puas.

Al salir de Cádiz al día siguiente por la mañana, volvieron á tomar el orden de marcha que habian adoptado al ir: don Pablo trotando á la cabeza con el caballero de los pescaditos de plata, y discutiendo con él sobre los diversos incidentes del espectáculo del día anterior.

El anciano, aunque muy cortés siempre que dirigía la palabra á los dos ingleses, no tenia mucho que decirles, y en cuanto á hablar á las señoras, no se pasaba pena por ello, ó si lo hacia, era con cierto tono desabrido que probaba á Owen que el gobernador debía ser en la vida privada, una especie de tirano doméstico, carácter que no tenia nada de incompatible con la mas bondadosa exterioridad en las relaciones públicas.

El subteniente se esforzaba de un modo increíble por animar al mayor á mostrarse solícito con Carlota.—Que despidan mas ardor vuestros ojos, mayor, decia; estas españolas no están acostumbradas á nuestras miradas de hielo. Está perdida de amor por vos. Es una lástima que no pueda espresar lo que siente; y por otra parte, debe repugnarla introducir un intérprete en las confidencias de los sentimientos de su corazon.

—¡Ba! ¡Dejadme, querido! Decia el mayor ruborizándose; en verdad que se cuida mucho de un vejestorio como yo.

—¿No lo creéis? Pues ved lo que dicen sus miradas. Hé ahí lo que llamaria yo una prueba palpable, repetia el alférez. Si no respondeis á ellas, os tendré por un mayor de mármol.

Y en seguida se iba al lado de Carlota trasmitiéndola fingida hojarasca que inflamaba las miradas de la española, y volvía á partir á galope para reunirse á la linda Juana.

Carlota estaba en lo mas florido de su estío: habia pasado de la edad de la timidez virginal, sin haber llegado á la del humor atrabiliario de la solterona. Poseia cierta confianza en sí misma, y tenia para con el otro sexo la libertad que ordinariamente se encuentra en las viudas. Las supuestas declaraciones del mayor le daban en cierto modo la mitad del camino andado para llegar á su corazon. Nadie mas que el mayor obtenia el favor de ayudar á Carlota á montar ó de recibirla en sus brazos cuando se apeaba. Nadie mas que el mayor tenia la felicidad de ser invitado por ella para coger la brida de su caballo cuando el sendero estaba malo ó peligroso, ni de sentir sobre su espalda la suave presion de su mano cuando la cabalgadura tropezaba en los guijarros del camino. Jamás hombre alguno recibió tantas sonrisas de reconocimiento en cambio de una sencilla galantería.

Esta prodigalidad de amabilidades y de galantes gracias, comenzaba á ablandar la ruda corteza del corazon del mayor. En su terreno, es decir, en los cuarteles de su lugar de guarnicion, hubiera podido dar la batalla á una veintena de enemigos tan pérfidos como aquel: sus libros, sus flores, su pipa, sus chinelas y otros cien dioses penates hubiesen formado á su alrededor un batallon sagrado; pero allí, trastornados todos sus hábitos; con todo el cortejo de sus rancias ideas puesto en derrota por la novedad de la situacion, el pobre hombre permanecía indefenso completamente y presentaba el flanco á todos los ataques. La ignorancia en que Carlota y él se hallaban frente á frente uno de otro, de un lenguaje que pudiese espresar su pensamiento, lejos de ser un obstáculo á su mutua simpatía, favorecía mas bien sus

progresos. En compañía de una inglesa, en las mismas circunstancias, mi abuelo se hubiese creído obligado á mantener la conversacion, y acaso lo hubiese echado á perder tratando de hacerse amable; pero en aquel momento, libre de semejante obligacion, podia sin demostrar torpeza, tratar en completa y silenciosa mancomunidad de pensamientos consigo mismo, y saborear la felicidad de recibir sonrisas sin inquietarse por el medio de hacerlas nacer.

Sus apuntes, que contienen acerca de aquella expedicion notas circunstanciadas que he leído y de donde he sacado casi todos los detalles de esta historia, prueban que en aquel período del viage, el mayor, gozando sin contrariedad de su nueva posicion, sentia estimulados al mismo tiempo la imaginacion, el corazon y el estómago.

«La España, dice mi abuelo á modo de revista general, es el país del olor á ajo, de costumbres asquerosas, y de los burros escesivamente cargados, y de escelente salchichería; pero el aire es muy bueno en las montañas, y la campiña es mucho mas agradable que las ciudades. El pueblo no parece tener nocion alguna de lo confortable y de lo limpio, lo cual no obsta para que viva muy contento en el seno de su ignorancia.—Mi silla es mala, á lo que me parece; por que he padecido mucho cuando me he apeado.—La señorita es una muger eminentemente amable y graciosa. La tengo en mucha estima; estoy persuadido de que es tan sencilla como bella.—El lechoncillo del almuerzo estaba escelente; jamás lo he comido mejor en España.....»

El desaliñado estilo de estas notas, me impide dar de ellas extractos mas prolongados. Las apreciaciones estadísticas, los incidentes del viage, las reflexiones filosóficas y el estado de los órganos digestivos, están allí consignados, mezclados indistintamente. Pero por el fragmento que se acaba de leer, se puede venir en conocimiento de que la admiracion del mayor para Carlota era una admiracion tranquila, que no dominaba completamente á su Don Quijote, y que podia marchar á la par con la pasion que sentia hacia el lechoncillo y el ramo de salchichería de España.

No sucedia lo mismo al alférez, cuyo amor se aumentaba por momentos. En cuanto al amante español, continuaba conduciéndose como si hubiese sido el marido de Juana desde hacia veinte años, conducta que á Owen le convenia perfectamente. El mayor se habia habituado hacia largo tiempo á oír á Owen ensartar sus galanterías, para que entonces se admirase de nada, hasta que llamó su atencion un incidente de que la casualidad le hizo testigo.

En su última parada antes de llegar á Tarifa, Owen estaba, como de ordinario, al lado de Juana para ayudarla á montar. Las cintas del sombrero de la jóven se habian desatado, y el galante oficial se habia presentado al punto para atarlas. El atrevido, despues de arrojar á su rededor una rápida ojeada, habia atraído dulcemente el fresco rostro de Juana hácia el suyo, hasta que sus labios se encontraron, temeridad por la que no habia sido castigado, sino por un golpecito con el látigo. Mi abuelo, siempre discreto, se habia apresurado á volver los ojos, pero desgraciadamente no habia sido el único testigo del delito. El hombre de los pescadillos de plata habia visto al indiscreto á través de las ramas bajas de un arbol al que todavia tenia atado su caballo. Es probable que á pesar de toda su indiferencia, creyó el español que las cosas iban algo lejos, porque despues de una breve conversacion con el gobernador, fué á instalarse al

lado de su prometida, á la que no abandonó hasta su llegada á Tarifa. Una vez en la ciudad, el gobernador y él se despidieron de nuestros viajeros con urbanidad glacial que desafiaba la inventiva de Owen y parecía prohibirle toda especie de relaciones ulteriores.

En la posada, se metió temprano en la cama mi abuelo aquella noche, á fuer de partir al día siguiente de madrugada para Gibraltar, porque el permiso del mayor y del alférez iba á espirar.

Hacia muchas horas que dormía con un sueño profundo, cuando entró Owen en su habitación con una palmatoria en la mano. El mayor se incorporó y se frotó los ojos.

—Y bien, querido amigo, es tiempo de levantarse, ¿no es eso? dijo dando un prolongado bostezo. Confieso que me hubiera agradado otra horita mas, pero no hay remedio.

—No he querido turbar vuestro reposo esta noche, interrumpió Owen sentándose en el borde de la cama; así que no os he hablado del contratiempo que nos ha sucedido. Ese pícaro de Francisco había traído contrabando, y se ha dejado coger queriendo meterle aquí en nuestra ausencia.

—¡Gran Dios! exclamó mi abuelo, quién lo hubiese creído! ¡tan buen cocinero! Mas, ¿qué hay que hacer? ¿Qué ha sido del buque?

—Por de pronto está embargado, dijo Owen; pero espero que el gobernador nos le volverá hoy por la mañana en cuanto oiga nuestras explicaciones, y acaso soltará á Francisco castigándole con la pérdida de su cargamento. Pero... pero... en realidad, mayor, ¿qué necesidad tenemos de informar al gobernador de nuestra partida?

El mayor abrió mucho los ojos esperando una explicación mas amplia.

—Juana estaba muy pálida ayer noche, replicó el alférez despues de una pausa.

Mi abuelo no pensaba disputarlo, aun cuando le fuese imposible comprender que relación tenía con el objeto de la conversación.

—Jamás ha amado al feroz español su prometida, dijo el alférez, y su padre quiere casarla dentro de un mes. Eso la hará desgraciada hasta el fin de sus días.

—¿Cómo diantre sabeis eso? preguntó mi abuelo.

—Me lo ha dicho ella. Por tanto, replicó Owen formando un abanico con la mano para librarse de la luz de modo que mi abuelo no podía ver la expresión animada de su rostro; no he querido que partiésemos solos, y... os confieso que... que Juana ha consentido en huir conmigo á Gibraltar.

—¡Consentido! ¡Huir! exclamó mi abuelo, ¡sois un loco!

—Nos está esperando; continuó Owen cobrando ánimo una vez dado el primer paso. Es preciso que marchemos antes de ser de día, os lo suplico, mi querido mayor; dijo con una irresistible sonrisa, tened la bondad en mi obsequio de levantaros inmediatamente.

—¿Y cómo partir? preguntó mi abuelo, aun suponiendo que pensemos en ejecutar vuestro insensato proyecto.

—He ganado al carcelero de Francisco, respondió el oficial. Saldremos de la ciudad en cuanto las puertas se abran; y el buque continúa anclado en el muelle bajo la vigilancia de un solo centinela del que facilmente nos libramos. Todos los guarda-costas de la plaza han sido enviados la noche última, á bloquear un famoso contrabandista que se había refugiado en Tánger, etc., una vez en camino, estamos

al abrigo de toda persecución. He tomado mis informes despues que os acostásteis,

El mayor Flinders no era de carácter emprendedor, como el lector ha podido notar; no hubiera dado un paso por mezclarse en la mas hermosa de las aventuras de novela. Permaneció un instante inmóvil, con una media en la mano, dispuesto á dudar de su propia identidad y preguntándose si era cierto que á él, John Flinders, era á quien se había hecho la proposición de coadyuvar á un rapto que debía llevar la desolación á una familia. Luego que recobró la facultad de hablar, rivalizó en elocuencia con Mentor para apartar á su Telémaco de su insensato proyecto; pero Owen conocía demasiado bien á su hombre para dejarle tiempo de convencerle.

—Mirad, mayor, le dijo, os lo declaro positivamente, me es imposible vivir sin Juana. Haría locuras por casarme con ella. Las cosas están arregladas, no hay medio de retroceder, y llegaré hasta el fin, con vos ó sin vos. Pero os conozco, no sois hombre capaz de abandonar á un amigo en la estacada, precisamente cuando tanta necesidad tiene de vuestra experiencia y sangre fría.

—¡Llamais á esto apoyar á un amigo!

La galantería ó la cita Shakspearana, ó acaso uno y otro calmaron los escrúpulos del mayor.

«Hal, que no es esta la noche.....»

dijo continuando maquinalmente la súplica de Falstaff tan diestramente citada por Owen. Tomando al mismo tiempo los calzones que le alargaba obsequiosamente su astuto compañero, el mayor se vistió apresuradamente.

Todavía no era de día cuando atravesaron las sombrías y estrechas calles de Tarifa. No habituado mi abuelo á semejantes expediciones nocturnas, se veía asaltado de extraños terrores y una vez ó dos se detuvo comprimiendo el brazo de Owen, y mostrándole á lo lejos sombras que tomaba por espías. Pero Owen se hallaba entonces en su elemento; no había perro ni gato en Tarifa que conociese mejor que él las veredas y los balcones; proseguía pues alegremente su camino, cuando fueron vistos por un centinela; pero al grito de: «¿Quién vive?» Owen se había aproximado vivamente al faccionario deslizándole un doblon en la mano, y el digno guerrero había vuelto los talones para vigilar bien á la otra estremidad de la calle.

Owen se aproximó á una ventana enrejada, y dió un golpecito. Al punto se presentó la ancha y alegre fisonomía de Francisco. Una barra limada de antemano fue separada, y con la ayuda de Owen que le cogió por los brazos, el contrabandista estuvo al punto en la calle. Recibió al oído las instrucciones de Franck, quien le dijo fuese á esperarle al buque, le desamarrase y estuviera dispuesto á alejarse de la costa. Francisco, sin responder, desapareció en la sombra, mientras Owen y el mayor se dirigieron á la casa del gobernador.

Cuando estuvieron próximos, Owen dió un debil silbido en cierto tono, que mi abuelo recordó perfectamente haberle oído imitar la víspera delante de Juana, y con gran sorpresa del mayor, dos mugeres cubiertas con velos aparecieron en el balcón.

—¡Dos! Owen, querido amigo! balbuceó el mayor lleno de ansiedad. ¿Cuál puede ser la otra? Su criada, ¡Oh! añadió

recordando vagamente ciertas intrigas de teatro en que siempre se mezclan las doncellas.

—¡A fé mia! Ya lo veis, mayor, no ha querido venir sola; era imposible sin que su tia estuviese en el secreto, las dos alcobas están inmediatas. Por tanto persuadí á Carlota viniese tambien, dándole una promesa á medias de que vos cargarais con ella.

Y deseando cortar una conversacion embarazosa, fué apresuradamente hácia el balcón. Una de las damas dejó caer el extremo de una cuerda á la que Owen fijó una escala volante que sacó de su blusa (habia pasado la mitad de la noche construyéndola) y, desde que estuvo fijada al balcón, subió á él, haciendo seña á mi abuelo de que la tuviese estendida desde abajo. El mayor despues de un momento de vacilacion, desesperado ante los peligrosos incidentes que se agrupaban á su alrededor, cedió á la fuerza de las circunstancias é hizo lo que se le pedia. Entonces Owen pasó una despues de otra, las dos damas por encima de la balaustrada del balcón y las dos estuvieron al momento en la calle. La lista Juana bajó la primera, saltó sobre el pavimento sin tocar casi el brazo que la presentaba mi abuelo. Carlota la siguió de cerca; pero en su precipitacion, dando un paso en falso al bajar el último escalon, cayó tan pesadamente en los brazos del mayor, que fueron rodando juntos sobre las piedras. Apenas se habian levantado, cuando ya Owen estaba al pié de la escala; tomó el brazo de Juana, y los cuatro se encaminaron rápidamente hacia la bahía.

Si algo podia aumentar el embarazo del mayor, fué y muy amargamente, la presion significativa del brazo de Carlota en el suyo. Se veia metido en una aventura cuyo fin le era imposible preveer. Todo era extraño y sombrío en el porvenir que su imaginacion le presentaba, y si en aquel momento le hubieran cogido, procesado y sentenciado por un crimen imaginario, no hubiera sabido encontrar una palabra para su defensa.

Silenciosos, y avanzando á largos pasos, atravesaron la ciudad y tomaron por el arenoso camino que conducia al mar. Las rizadas olas que se estrellaban á su izquierda todo lo largo del estrecho, mientras que á su derecha la bahía estaba casi inmóvil, les probaba que tenian viento contrario; pero como la brisa no era fuerte, esperaban triunfar del obstáculo. En cuanto llegaron á la escalera del muelle se detuvieron en el ángulo del muro para hacer un reconocimiento. Francisco estaba tendido en la proa del buque con la mano en el cable y el botador á su alcance. Por encima de ellos y á algunas toesas detrás de la muralla podian oír el paso cadencioso del centinela y ver su arma que brillaba á la claridad de la luna. Unos cuantos vigorosos golpes de remo los alejaron del muro exterior y los pusieron fuera del alcance de la vista. Todo dependia, pues, de su silencio. Veloces y prudentes como gato que caza, Owen y Juana entraron en el buque; el mayor y Carlota observaban con el cuello estendido el éxito de su empresa. Owen saltó con precaucion desde el último escalon al puente; con la misma precaucion hizo entrar á Juana en el buque y la condujo á popa. Disponiase el mayor á imitarles cuando un ruido que drovenia del buque le hizo estremecer: Juana acababa de derribar una endiablada cántara de vino que Francisco habia dejado sobre un banco. El centinela asomó la cabeza por encima de la muralla, y gritó: ¿quién vive? Francisco, levantándose, se largó con rapidez, el centinela hizo fuego y

la bala hizo volar en pedazos el cántaro, causa de todo el mal. Juana lanzó un grito. Owen pronunció un juramento en inglés, y Francisco hizo coro en español. No podian retroceder ni esperar el segundo aviso del centinela que habia dado la voz de alarma, y se oia acudir apresuradamente la guardia del puesto inmediato. Sin embargo, antes de que los soldados hubiesen llegado á la muralla, el buque habia desaparecido.

El mayor Flinders le siguió con la vista tan distante como pudo. Esperimentó al principio un sentimiento de desesperacion viéndose privado así de la audacia de Owen y abandonado á sus propios recursos. Sin embargo, un rayo de consuelo vino á reanimar su corazón.—Acaso ahora Carlota abandonará la empresa y él se encontrará así libre del embarazo que le causaba su presencia. ¡Ay! esta esperanza se desvaneció bien pronto. La idea de añadir á su contrariedad actual la vergüenza del estrépito y escándalo cuando tenia todavía probabilidades de librarse de él no podia entrar en la ardiente imaginacion de la española, y, sea que el demasiado escrupuloso Owen la hubiese representado realmente al mayor como perdidamente enamorado de ella, sea que aquella impresion fuese el resultado de su propia imaginacion meridional, pensó efectivamente ella que su compañero conservaria tanto disgusto como ella al ver semejante desenlace. En aquel asunto su decision fué tomada bien pronto porque tenia ella tanta presencia de espíritu, cuanto desprovisto de él estaba su compañero. Cogiendo el brazo del mayor le hizo volver pies atrás hasta la posada donde habian pasado la noche. Cuando iban allí oyeron un cañonazo disparado sin duda desde la Punta de Cabrita sobre la *Bella desconocida*. Por disposicion de Carlota les llevaron inmediatamente dos caballos; montaron en ellos, y antes que el sol hubiese salido, desde Tarifa, galopaban camino de Gibraltar.

Corria el mayor al lado de la señorita en el mismo estado que un hombre víctima de una pesadilla; arrancado de su sueño de la noche, habia momentos que creia todavía dormir y soñar. ¡Qué trastorno en su situacion y en sus ideas! No hacia todavía ocho dias que era el mas metódico, el mas prosaico, el mas empedernido célibe de los ejércitos de S. M. B., y en aquel momento se veia sin saber cómo ni por qué galopando desde el alba al lado de una señora estrangera cuya existencia ni siquiera sospechaba una semana antes, con la perspectiva de ser cogido por su familia como su raptor y por el gobierno como cómplice de un contrabandista. Por fin, cuando la rapidez de la carrera le volvió la integridad de sus facultades intelectuales, juró en su situacion crítica que una vez al abrigo de sus tranquilos penates, por nada ni por nadie en el mundo emprenderia en adelante tan absurdas expediciones.

Era cerca del medio dia cuando llegaron á Algeciras: detuviéronse allí para almorzar estenuados como estaban ambos por la fatiga y el hambre. Aquella ciudad está situada frente por frente de Gibraltar, del que está separada por la bahía. El camino por el que habian llegado forma la base de un triángulo del que la Punta de Cabrita es la cima, y la bahía y el estrecho forman los dos lados.

El mayor guardaba mucha reserva y profunda taciturnidad; habia en las maneras de Carlota cierto aire tierno que le alarmaba mucho, y para evitar el fuego de sus miradas permanecia de pié con la vista fija sin cesar en la roca de Gibraltar tratando de adivinar el rincón donde detrás de al-

gun arbusto se ocultaba su solitario alojamiento. Inmediatamente después de almorzar dejó la habitación á pretesto de ir á ver los caballos. Decidió que no abandonaría á Algeciras hasta una hora bastante avanzada de la tarde, con el objeto de entrar en Gibraltar á la caída del día y evitar de este modo el encuentro de los paseantes que pertenecían á la guarnición, los cuales se apresurarían en aquella hora á volverse al fuerte antes del cañonazo de queda.

Al volver á entrar, todavía con un humor bastante desapacible, en la habitación donde había dejado á Carlota, la encontró rendida de cansancio y dormida en el sofá. Tenía la cabeza ligeramente echada hácia atrás y apoyada en uno de los almohadones; sus labios estaban entreabiertos, y en aquella graciosa postura tenía el aspecto de un niño que duerme después de haberle fatigado el juego. Aproximóse el mayor de puntillas y su mal humor se convirtió en conmiseración. Pensó en la afectuosa adhesión de aquella muger, y por un impulso repentino de su corazón cogió bondadosamente una de las manos que descansaban sobre el brazo del sofá. Carlota abrió los ojos y oprimió la mano que tenía la suya, con lo que el mayor la dejó inmediatamente y se retiró muy conmovido á la ventana sin atreverse á mirar á la bella dormida hasta que fué hora de ponerse en camino.

A una pequeña distancia de Algeciras está el río Palmones, que los ingleses llaman el Segundo Arroyo. Se atraviesa por medio de una barca que un batelero hacia deslizar por medio de una maroma estendida de una á otra orilla. El mayor y Carlota acababan de llegar y esperaban en la orilla opuesta, cuando ésta observó dos caballeros que galopaban á todo correr por el camino que acababa de seguir. Una segunda mirada la hizo reconocer en aquellos caballeros á don Pablo y el prometido de Juana. Las primeras pesquisas del gobernador le habían hecho sospechar que se habían escapado en el buque; pero poco después había sabido el verdadero estado de las cosas. Al verlos apresuraron el galope los dos fugitivos y no se detuvieron hasta el Guadarranque, ó Primer Arroyo, situado una milla mas cerca de Gibraltar que el precedente y con un puente flotante semejante.

El retraso que habían sufrido los dos españoles en la primera barca los había hecho quedarse á gran distancia, y mi abuelo, inspirado por la inminencia del peligro, concibió en aquel momento una idea magnífica,—probablemente la mas sublime que jamás cruzó por su cerebro,—y cuya ejecución debía salvarlos.

Dejando caer su guante á alguna distancia de la orilla, envió al barquero á recogerle, y aprovechando aquel instante para entrar en la barca con Carlota, se puso en movimiento sin inquietarse por los furiosos gestos del desgraciado patron, que les decía á grandes gritos se detuviesen. Una vez en la otra orilla, sacó un cuchillo y cortó la cuerda sin vacilar. Habiendo cortado de ese modo las comunicaciones con los que les seguían, mi abuelo continuó su retirada con armas y bagages hácia la fortaleza.

Seguían el camino de la costa. El sol descendía ya hácia el horizonte, y las sombras de los fugitivos se prolongaban ante ellos en la arena de la playa. La bahía que hace una profunda entrada hácia á quel sitio, les obligaba á dar un largo rodeo, y como la roca de Gibraltar forma sobre poco mas ó menos el centro de ese círculo, continuaron como una media hora descubriendo el mismo terreno, guardando igual distancia. Comenzaba el crepúsculo cuando

pasaron las líneas españolas y pisaron en terreno nuestro.

El mayor miró su reloj con inquietud. Algunos minutos más, y el cañon de Middle-Hill, dando señal de cerrar las puertas, les obligaría indudablemente á volver riendas para pasar la noche *en España*. Por la primera vez de su vida, ayudó realmente el mayor Flinders á su cabalgadura, usando sin compasión de la espuela y manejando el bocado para castigar al pobre animalejo que ya no podía mas. En cuanto al caballo de Carlota, como llevaba un peso mas ligero que el de su compañero, le seguía facilmente. Sin embargo, llegaron á la barrera. En el momento en que la franqueaban, un resplandor partió de la roca, iluminando como un relámpago los objetos circunvecinos;—luego se oyó el sorordo estampido del cañon;—un segundo más y el inexorable puente levadizo se hubiese cerrado; pero ya nuestros viajeros estaban en él. Le atravesaron de un brinco y por fin se encontraron sanos y salvos dentro de Gibraltar.

Agitado por la fiebre que le habían producido las últimas emociones, durmió poco el mayor. Había dejado á Carlota cómodamente instalada en la posada y meditaba con angustia como saldría del embarazo en que se encontraba con respecto á la noble española, sobre todo si Owen tardaba en parecer. Además estaba horriblemente alarmado sobre la suerte de los pasajeros de la *Bella desconocida*. Acaso habrían sido cogidos como contrabandistas por algun buque guarda-costa; tal vez habían sido detenidos en el estrecho por alguna calma-chicha ó vientos contrarios; ó se habrían refugiado al abrigo de algun ancon y continuaban su viage por tierra. Esta última suposición le parecía la mas razonable, y resolvió trepar por la roca tan pronto como amaneciese para observar el camino de España. Permaneció despierto el resto de la noche, esperando con ansiedad el cañonazo que anuncia la aproximación del alba, y antes que el estampido se hubiese apagado en los últimos ecos de la montaña, el mayor, se había puesto los calzones.

Aun la noche no había dejado completamente su lugar al día, cuando mi abuelo, con su antejo bajo el brazo, comenzó su ascension. A no ser algunos suspiros de la brisa de la noche extraviados en las quebradas de la montaña, el silencio reinaba á su alrededor. En el primer momento, la única cosa visible era la silueta escarpada de la roca destacada sobre el tinte gris del cielo; pero á cada nuevo zig-zas del sendero la luz aumentaba é iluminaba una cosa cada vez mayor. Masas sombrías de indecisa forma, se trasformaban en matorrales y barrancos profundos; á cada instante nuevos trozos de piedra surgían de la oscuridad. El único síntoma de vida animal que encontró el mayor á aquella hora de la madrugada, fué un pobre conejo que asustado por el ruido de sus pasos, se volvió á su boca precipitadamente, y un gran buitre blanco que al aproximarse, abandonó su sitio para levantarse lentamente, describiendo en el espacio una série de círculos cada vez mas elevados hasta que su plumage brilló reflejando los dorados rayos del sol saliente, todavía invisible en la base de la roca.

El sendero conducía en dirección diagonal hasta la cima. Al volver á una estrecha plataforma, vió perpendicularmente á sus pies el Mediterráneo, cuyas perezosas olas se rizaban á larga distancia y le enviaban abajo con un suave y lastimero murmullo. A su izquierda, y tambien por bajo de él, se extendía el Terreno Neútro, llano como la

mar, estensa llanura de arena que algunas montañas negras cortan bruscamente hacia el Norte. En el cielo, una luz rojiza indicaba la aproximación del sol. En efecto el brillante disco del astro apareció al punto al Oriente tras los montes; el tinte pálido de la tierra se coloreó con los tonos mas vivos del firmamento, y un prolongado rayo de sonrosada luz cayó gradualmente estendiéndose por la sombra superficie del mar.

Manténase mi abuelo en pie, sobre el punto culminante del paisaje, anhelante y enjugándose la frente. Después de un instante de reposo dirigió su catalejo hacia el camino de España. Aldeanos madrugadores en gran número llevaban á la ciudad sus provisiones de frutas y legumbres,—una mula ó dos avanzaban cargadas á lo largo de la costa por el mismo camino en que la víspera por la tarde galopaba también el mayor;—pero nada se veía hacia el horizonte que se pareciese á lo que él buscaba. Dando entonces media vuelta púsose á explorar el estrecho. Una vela ó dos aparecían á gran distancia á todo bogar; pero cutter ninguno. En aquel momento hicieron una señal de la Punta de Cabrita, y á poco vió el mayor con mucha claridad dos faluchos salir de Algeciras y semejantes á dos gaviotas lanzarse como para dar caza á algún buque oculto todavía por la Punta. Mi abuelo dirigió de nuevo el anteojo hacia el estrecho, vió un puntito blanco en la dirección de Cabrita. Durante un cuarto de hora permaneció inmóvil con su anteojo fijo siempre en aquel interesante objeto. Por fin, aquella vez tuvo completa seguridad de haber reconocido los colores ingleses sobre la vela, y en lo alto del mástil el pabellon con rayas amarillas que Francisco había izado antes como señal distintiva de yacht. Era la *Bella desconocida*, y mi abuelo comprendió al mismo tiempo que los caballeros de quienes se había librado la noche anterior habían tomado á su vuelta á Algeciras disposiciones para su captura en cuanto apareciese.

Era menos favorable el viento para el cutter que para los faluchos, los cuales bogaban en dirección oblicua á la línea que aquel seguía, á fin de darle caza antes que llegase á la roca. Perseguidores y perseguidos continuaron por algun tiempo del mismo modo, hasta que se encontraron á distancia de una milla unos de otros. Mas entonces el cutter cambió de repente su marcha para tomar una dirección casi paralela á la de los faluchos. Sin embargo, comenzaban estos á llevarle una gran ventaja, y una nubecilla de humo se elevó á muy poco del que estaba mas próximo, seguida del estampido de un cañonazo. Mi abuelo no pudo mirar por mas tiempo con su anteojo, porque la mano le temblaba como la hoja mecida por el viento, y empezó á bajar de su observatorio con un temblor de piernas que le hacia mas bien semejar á un kangurou que á un tranquilo y digno mayor. Llegó sumamente afectado á su alojamiento, hizo le ensillaran inmediatamente su caballo, y partió á escape hacia la Punta de Europa.

La Punta de Europa está situada en la estremidad meridional de la roca, y domina á la vista la entrada de la bahía y el paso del estrecho. El camino que el mayor tenia que recorrer para llegar á ella, daba sobre la bahía. Júzguese cuántas miradas llenas de inquietud dirigiria hacia aquel lado, á medida que iba corriendo para ver lo que sucedía. Dispararon muchos cañonazos los faluchos, cuyos disparos parecían errar el blanco, no teniendo sin duda

otro objeto que asustar al contrabandista acerca del porvenir de su precioso cargamento. Sin embargo, continuaban flotando los colores ingleses, y siempre el cutter conservaba su rápida carrera.

Un oficial y algunos artilleros estaban reunidos en la Punta, cuando el mayor llegó allí.

—¿Acaso no disparareis sobre ellos? dijo aproximándose á la batería.

—¡Están demasiado lejos! respondió el teniente medio levantándose del parapeto sobre que estaba tendido, y enseñando una cara ancha y adormecida; lo mas que podríamos hacer sería causarlos miedo.

—¡Voto al cielo! dijo mi abuelo, ¡esto es horrible! Voy á ver á ese pobre muchacho cogido á mi vista.

—¿Ese pobre muchacho? dijo el teniente, preguntándose con admiración qué interés podría tener el mayor por un contrabandista. ¿Qué pobre muchacho?

—¡Cómo! ¡voto á...! Owen, uno de los subtenientes de nuestro regimiento que se escapa con una jóven española.

—¡Mil truenos! exclamó el teniente poniéndose en pie. ¡Cómo! ¡Garry Owen! Es preciso que maneemos una pieza de grande alcance. En seguida, dirigiéndose á un artillero: quitad esas cuñas, dijo, cabo, apuntad esa pieza. Media guinea si tocáis al falucho. Por mi parte voy inmediatamente á manejar esta otra.

Diciendo esto, hizo la puntería con gran escrupulosidad con la pieza de treinta y dos, que estaba inmediata á él.

—¡Fuego! gritó saltando al mismo tiempo sobre el parapeto para ver el efecto de su disparo. La bala rozó por la parte inferior la proa del primer falucho, que no por eso dejó de continuar su caza. No le separaba ya del cutter mas que trescientos metros.

—¡El diablo confunda su imprudencia! murmuró el teniente viendo que no habia hecho caso de su advertencia. ¡Preciso será que me escuchen! Ahora, vos, cabo. ¡Fuego!

El cabo ganó su media guinea. La bala atravesó el falucho, é inmediatamente se distinguió una gran confusión á bordo; algunos minutos despues era ya visible que zozobraba. El otro, abandonando la caza, acudió al socorro de su compañero para salvar la tripulación, entre la que se contaban evidentemente muchos heridos.

—¡He aquí un disparo feliz! exclamó mi abuelo, dando otra moneda de oro al diestro artillero; pero me alegraré que saque á salvo la tripulación.

El cutter no tardó en hacer su entrada en el puerto, y media hora despues el mayor daba la bienvenida á su jóven amigo el alférez y á Juana.

Carlota, por su parte, sintió un gran regocijo viendo á los fugitivos sanos y salvos. Se arrojó primero al cuello de Juana llorando, luego al del alférez, que no tuvo escrúpulo alguno en abrazarla, y en seguida se colgó tiernamente del brazo del mayor, que la vió con terror apoyar la cabeza en su hombro. A cada instante que pasaba era mas evidente para él que era un hombre comprometido, y que ya no podia disponer de su persona. Aquella mañana al atravesar la ciudad, pasó por delante de un grupo de oficiales, y oyó á uno de ellos que hablaba del mayor Flinders, como de un viejo cazurro que acababa de llevarse una española de una belleza arrebatadora.—¿Quién hubiese dicho eso jamás? decia el oficial.—Sí, ¡quién lo hubiese creído nunca! murmuró para sí el mayor. Pero el coronel puso el sello, cuan-